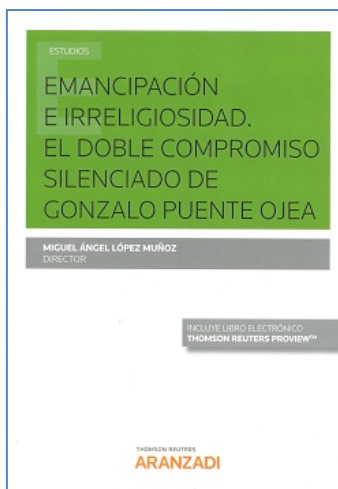


Miguel Ángel López Muñoz (dir.), *Emancipación e irreligiosidad. El doble compromiso silenciado de Gonzalo Puente Ojea*, Thomson Reuters - Aranzadi, [Pamplona](#), 2018, 201 pp.

Por [Andrés Fernández Ramos](#)



El siguiente libro no es simplemente un panegírico. La muerte de Gonzalo Puente Ojea deja tras de sí un gran vacío; la obra que se extiende a lo largo de su longeva vida no ha logrado la repercusión que sus compañeros esperaban. Podemos encontrar aquí no solo una despedida a un gran y riguroso pensador español, sino también el comienzo de un proyecto: abordar seriamente la obra de Gonzalo Puente Ojea. Una llamada de atención a un pensador que siempre estuvo aquí pero al que se silenció.

Quizá las generaciones anteriores no estuvieron preparadas para abordar esta densa obra que se adelantó a su época, una obra que fue enterrada por un país que no fue capaz de salir sin secuelas de una dictadura y por una izquierda hipócrita que prefirió salvarse a sí misma antes que a quienes depositaban su confianza en ella. Es este pues un manifiesto a su obra, a que se le dé la oportunidad que nunca tuvo.

Amigos, compañeros y conocedores de su trabajo se reúnen para elaborar un ensayo que nos dé el valor para adentrarnos a su rica obra. Cada uno a su manera decide de qué manera puede aportar algo para perfilar de manera más precisa la imagen de esta desconocida figura. No faltan elogios, anécdotas y denuncias a su silenciamiento, pero el común denominador de todos estos es lo completo que llegó a ser. No solo compuso una compleja obra teórica que nada tiene que envidiar a los academicistas, sino que esta fue acompañada con su praxis, que alguna vez, debido a su recio temperamento, le jugó una mala pasada.

El propio carácter de este volumen colectivo no permite que pueda hablarse de este mismo como una unidad: en cada artículo su autor decide destacar aquello que considera más remarcable de su trayectoria teórica o política. También nos encontramos con explicaciones de los motivos de su silenciamiento, intentos de sistematización de algunas partes no tan explícitas de su obra, propuestas de cómo abordar de una manera diferente la obra de Puente Ojea, e incluso diálogos con su obra, tanto desde perspectivas cercanas a la suya como desde posiciones que profesan abiertamente la fe cristiana a la que Puente Ojea tanto atacó. Es decir, esta obra no es ni una introducción al pensamiento de Gonzalo Puente Ojea, ni una biografía, ni un repaso de su trayectoria política. Es el primer trazo de una imagen de un gran pensador que a lo largo de los años había comenzado a desdibujarse, al mismo tiempo que la oportunidad para recuperar una obra original, sistemática, construida con gran esfuerzo y rigor.

La obra de Puente Ojea comienza a cobrar sistematicidad cuando empieza a tratar sus temas troncales, los cuales giran en torno a la irreligiosidad. Su crítica es dirigida desde un fuerte racionalismo que podríamos decir que simpatiza con el cientificismo. Esto último le hace un autor interesante no tanto por la metodología en sí, sino más bien por el hecho de que al abordar temas de actualidad desde una tal metodología que ya se había olvidado le confiere a su obra un aire fresco frente al monopolio de los análisis posmodernos. Este punto de partida le permite aprovechar los nuevos avances científicos, como en el caso de la neurología, y recuperar con mayor fuerza y exhaustividad tesis que ya estaban enterradas, como es la teoría animista de Tylor. Su posicionamiento es claro: al tiempo que es consciente de la increíble herramienta que puede conformar la ciencia, toda reivindicación de irracionalismo la concibe como contraproducente, no solo para una buena explicación de los fenómenos, sino política y socialmente. Tales posiciones filosóficas únicamente darían carta blanca al avance de estructuras autoritarias, las cuales en última instancia se legitiman a través de alucinaciones.

Se puede estar o no de acuerdo con el punto de partida de Puente Ojea pero lo que es seguro es que un acercamiento a su obra nos puede sacar del escepticismo respecto a las ciencias naturales que lleva asolando a la filosofía estas últimas décadas, al abrir un espacio de reencuentro entre la filosofía y las ciencias naturales.

Llevó a cabo un hábil uso de las ciencias en tanto que fundamento sin por ello renunciar a una metafísica, como sí hizo el positivismo lógico en sus inicios. Y aquí es donde entra su segundo punto de partida, el monismo materialista. Este punto de partida probablemente tenga sus raíces en su joven acercamiento a la obra de Marx, pero no se queda ahí. Posee un materialismo que se podría caracterizar como centrado en la materia en tanto que positividad, cercano así al verificacionismo, que sin embargo no rehúye por ello la negatividad propia del falsacionismo popperiano. De este modo, este materialismo, con sus implicaciones epistemológicas, deja a un lado las distinciones entre lo físico y metafísico para destacar otra dicotomía que considera más relevante: la distinción entre lo empírico y lo metaempírico o sobrenatural. Esto nos viene a decir algo fundamental a la hora de comprender su praxis y toda su trayectoria. La lucha en la que se embarcó Puente Ojea no es contra aquellos saberes no científicos, sino contra aquellos que pueden ser considerados como alucinaciones de una mente racional que fallidamente ha intentado explicar el mundo. Concretamente con ese desdoblamiento absurdo en dos realidades de las cuales una de ellas ni podemos conocer ni podemos falsar. Más allá de esto, una reflexión metafísica sobre aquellas cosas empíricamente cognoscibles es totalmente factible desde el pensamiento de Puente Ojea.

370

Año -
unio
2019

Estos puntos de partida hacen de su método una herramienta de escepticismo frente a la apelación a nociones oscuras, al tiempo que evitan, desde el otro frente, la esterilización de la propia filosofía cuando esta se reduce al mero análisis positivo del lenguaje. Un enfoque que apuesta por una madurez intelectual que quiere evitar explicaciones fantasmagóricas, y que reivindica las conquistas realizadas por la ciencia y el uso de los materiales que tenemos sobre la mesa; por la construcción de un pensamiento (y por tanto de una vida) basado en las cosas que están aquí y no en otras inexistentes que nos alienan y que inevitablemente son aprovechadas por otros para imponernos un sistema autoritario. Después de todo la lucha de Puente Ojea no fue solo una lucha epistemológica u ontológica en busca de una verdad metafísica, sino que llevaba tras de sí una fuerte carga de lucha política: sus estudios sobre los problemas de la filosofía de la mente, la epistemología, la metafísica y, por supuesto, la religión desembocan en una mordaz lucha contra la autoridad. Para Puente Ojea

toda lucha contra este “timo ontológico” que es la religión es una lucha contra la autoridad. El antagonismo entre religión y libertad es insalvable.

Será la irreligiosidad la que ocupe la mayor parte de su trayectoria intelectual, pero evitará tomar la vía rápida que cae en las frivolidades antirreligiosas a las que estamos acostumbrados. Se ha de considerar que Puente Ojea fue un intelectual que se crió en la más férrea fe cristiana, de la cual acabaría emancipándose. Es consciente por tanto de la fuerza inmersiva de esta ideología y por ello su proyecto no puede reducirse a un ataque directo contra la religión. Debe trazar más bien un camino que permita a otros salir del mismo agujero, y esto solo puede hacerse atacando a las raíces. Su descontento con el tratamiento hermenéutico que se da al origen de la religión en los estudios de su época le llevó a recuperar las tesis de Tylor sobre el origen de la religión, a los que se suman los conocimientos que adquirió procedentes de la neurología. En el centro del fenómeno religioso ubicó el animismo: el alma y sus consecutivas evoluciones serán la impronta de toda experiencia religiosa, las cuales tendrán como causa el fenómeno traumático de la muerte. Este producto religioso no será uno absurdo e irracional sino que continuará siendo un producto de la razón, un intento más entre otros por explicar el mundo. Pero este, a diferencia del resto de explicaciones fallidas que no han prevalecido, cuenta con unas ventajas a nivel personal muy convenientes, por no mencionar además las ventajas que a posteriori proporcionaron a las élites. Lo que sigue oculto, o al menos con lo que no se actúa en consecuencia, son las desventajas que esta alucinación provoca: en último término parece ser que la solución ha causado más problemas de los que inicialmente pretendía enmendar. El problema del animismo introdujo a Puente Ojea en el campo de la filosofía de la mente, en el cual defenderá, como ya será evidente, el origen material de la mente, e incluso dará algunas respuestas a las correlaciones entre cerebro y mente y a algunos fenómenos del “alma”. Aquí mostró lo útiles que pueden llegar a ser los materiales científicos, en este caso de la neurología, en ámbitos de la filosofía en los que muchas veces se evita la intromisión de la ciencia como si esta fuese a invadir un territorio que es de su única propiedad.

Son también muy importantes sus aportaciones a la hermenéutica de la Biblia. Fue un pionero en España a la hora de realizar un estudio riguroso de los testimonios de la Biblia, así como de sus textos apócrifos, desde un punto de vista ateo. Su

estudio estuvo centrado principalmente en la figura de Jesús como un personaje más político que espiritual, por no decir que únicamente político. Para Puente Ojea no sería hasta la llegada de Pablo de Tarso que su figura sería modificada hasta el punto de crearse un personaje ambiguo y lleno de contradicciones. Un nuevo Jesús, ahora sí, espiritual, pero unido a un Jesús real, lo cual provocaría una ambigüedad que fue, lo más seguro, uno de los motivos de su éxito. La interpretación de Jesús de Puente Ojea es provocadora al separarlo de todo aquel mundo religioso, pero también se muestra sincero y evita la frivolidad de negar la existencia de Jesús pretendiendo así solucionar el problema del cristianismo.

Finalmente, habremos de referir cómo su trayectoria intelectual entró en el campo de la política. Para él, uno de los problemas principales fue el pensar la república como algo únicamente centrado en el derrocamiento de la monarquía, sin concebir que al mismo tiempo sería necesario instaurar también un estado laicista. La razón de este coprotagonismo es sencilla: la Iglesia en tanto que institución con una estructura autoritaria extiende su autoritarismo a los estados y la religión, como ya se ha explicado, aliena a la población dando al final carta blanca a un sistema neoliberal que se impone sirviéndose de esta. Además Puente Ojea defendió la postura de que la creencia religiosa es un fenómeno individual y no colectivo, una decisión y forma de vida privada: es por ello que carece de sentido hablar de un estado cristiano.

Puente Ojea también estudió la situación actual de España al reconstruir la Transición de manera crítica. Es evidente que antes de la Transición la Iglesia poseía mayores poderes sobre el Estado de los que posee ahora, pero una mirada más atenta como la del autor nos permite ver que la Iglesia no ha desaparecido de nuestras instituciones. Es decir, para él habría prevalecido un criptoconfesionalismo en el cual la Iglesia continúa poseyendo poderes pero con la ventaja añadida de que estos no son vinculantes. Así, aun contando con un menor poder tiene mayor libertad para actuar sin las consecuencias de una recriminación pública. Este ha sido para Puente Ojea el vástago de la Transición junto a la pérdida de la oportunidad que fue fundar una Tercera República, transición que él llegó a considerar como una traición. En su opinión, España ha tenido una izquierda mediocre que ha acabado posponiendo las necesidades del Estado por sus intereses personales. Puente Ojea nos deja las claves

para llevar a cabo una verdadera Transición, limpia de las instituciones autoritarias del pasado.

Este libro se erige entonces como un homenaje a este personaje tan importante en la historia intelectual y política de España. Sus autores esperan que su silenciamiento y poco impacto mediático no sea motivo de reticencia a la hora de adentrarnos en su obra. No se trata por ello de una monografía, sino de los testimonios de personas que conocieron de primera mano a Gonzalo Puente Ojea o que han pertenecido a una primera generación de sus discípulos, que piden una revisión de su obra mostrándonos todos los aspectos que pueden ser interesantes para una primera toma de contacto o simplemente para conocer algo más de este emblemático y polivalente pensador español. Se nos muestra la oportunidad de leer a Puente Ojea con la seguridad de que tiene algo que aportarnos.